

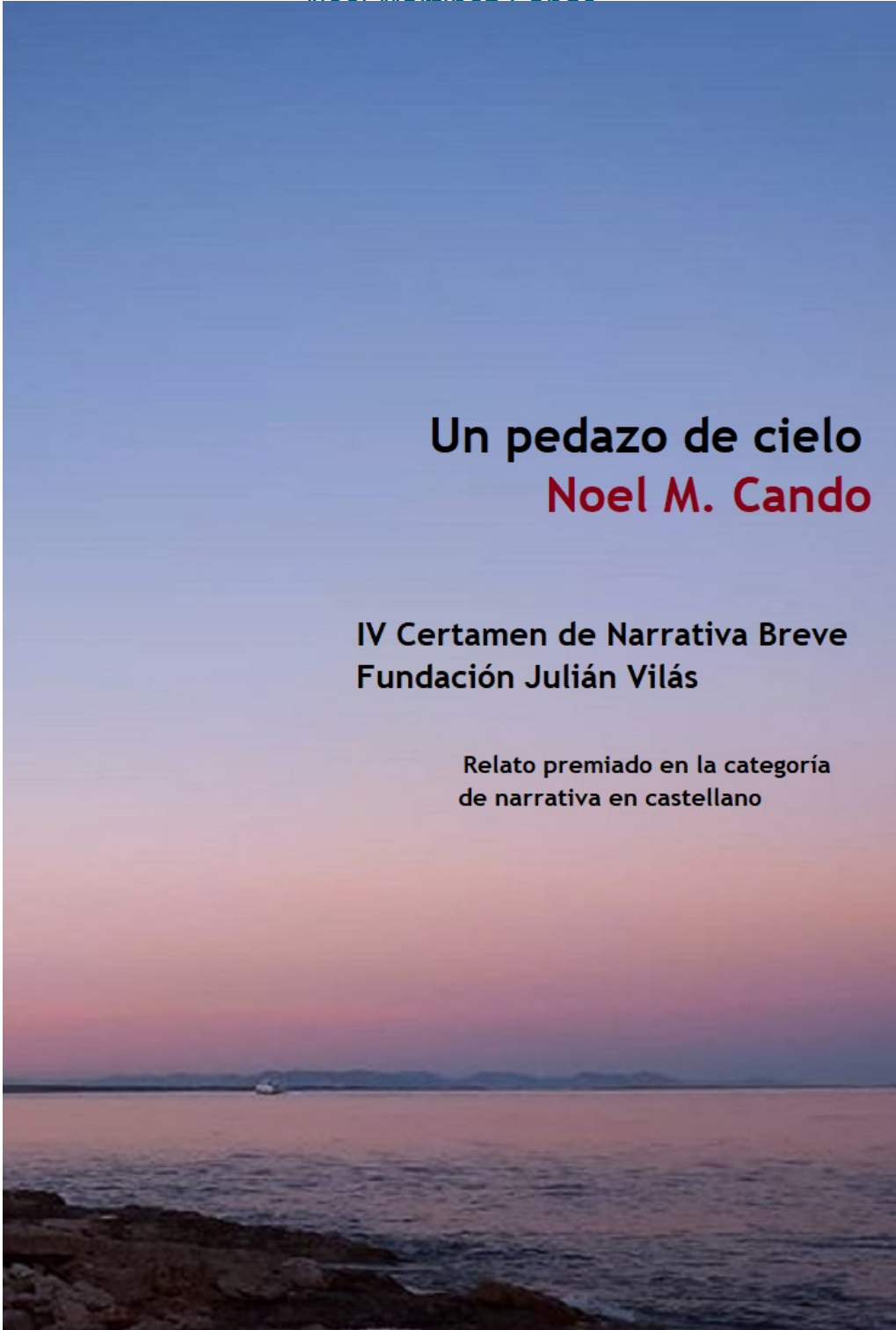
03. Un pedazo de cielo - Premio IV Certamen de  
Narrativa Breve Fundación Julián Vilás

Noel Martínez Cando

**Un pedazo de cielo**  
**Noel M. Cando**

**IV Certamen de Narrativa Breve**  
**Fundación Julián Vilás**

Relato premiado en la categoría  
de narrativa en castellano



## Capítulo 1

Del mar venía un soplo de aire, espesaba al tocar tierra y se pegaba a los cuerpos como una pella de humedad; solo la cueva retenía esa tibieza que apenas variaba en todo el año. Allí el suelo era dulce, además de la sombra lo cubría una alfombra blanda como la ceniza, un humus oscuro, y María solía preferirlo igual que sus hermanos a cualquier otro sitio donde echarse, sobre todo al llegar el verano.

Muchos años más tarde se acordaría bien: por eso jugaba junto a los pies de su madre aquella tarde en que oyó un rumor de voces y, con una intuición infantil, anticipó que algo iba a pasar.

Mamá hilaba cáñamo con la rueca, no se alteró; entonces María sí tenía los sentidos vivos y ninguna de aquellas voces pertenecía a la familia. Gateó hasta el umbral para saber más, hizo visera con la mano.

Ahí, en un parpadeo, emergió el horizonte.

En otro parpadeo, columbró al forastero.

Se sorprendió: vestía traje y de negro, a pesar del calor. Aun con la distancia, María supo que no era un vecino de ningún predio de Xarraca; ya los conocía a todos antes de cumplir los nueve años. El forastero no se presentaba solo, pero María lo vio quedarse atrás, mientras se encendía un cigarrillo y se lo fumaba en lo alto del cabo; desde allí podía asomarse al freo, curiosear el corral de s'Illot y coger con la mirada la cala y el resto de la tierra que poseía papá.

El forastero callaba, las voces eran cosa de los dos que bajaban a la ensenada por la trocha del lado este. Eran guardias civiles. El sol les baqueteaba los tricornios y los guijarros les entorpecían el avance. Míralos, se dijo María, la arena y las piedrecitas se les deben de meter en los botines. Advirtió el fastidio de los hombres, se dijo: Normal, nadie pensó esos uniformes para tanta luz.

Mientras, Cati y Toni se vestían solo de salitre. Se ponían morenos. Sin darse cuenta de la visita, salpicaban en un rincón de la orilla y buscaban lapas en los recovecos de las rocas. Las arrancaban a cuchillo, reían mientras las veían boquear; las iban echando en un cubo poco a poco y se comían algunas con el único condimento de la espuma del mar.

María miró a mamá: mecía suave el cuerpo en la silla de enea, se ausentaba, sonreía, hilaba.

María miró a papá: esas manos hechas a fuerza de descuajar la tierra descascarillaban almendras y las dejaban gotear en las palmas menudas

de Joan.

Si papá se había dado cuenta de los recién llegados, María no lo supo enseguida, pero imaginó que sí; era raro que le pasara inadvertida alguna cosa. Escuchó lo que decía uno de los guardias civiles:

—Hay que joderse. La escalera de mi casa no está tan bien hecha.

Se refería a la que años atrás habían edificado el güelo y papá con piedra viva al principio y pino curado al final, porque la cueva se abría en una pared vertical a la altura de un primer piso, a salvo de las crecidas del mar. María los vio entrar y los notó deslumbrados, como tanteando con la mirada. Llegaban con los ojos brumosos y las frentes abrumadas por el calor. Mamá todavía sabía componer gestos y se le puso aquella cara de cuando alguien feia pietat.

—Buenas tardes, señora —dijo el más joven; traía un cajoncito de madera entre las manos.

—Buenas tardes, Bartolomé —dijo el otro. Era el oficial.

Papá meneó una ceja y echó una ojeada como un chispazo al cajón de madera; lo suyo, más que un saludo, pareció un retumbo:

—Constantino, ¿qué hay?

Se conocían. Constantino se quitó el tricornio y se escurrió el sudor de la frente.

—Bueno, pasábamos por aquí. A saludar.

—Seguro que sí.

Papá abrió una almendra de una palmada contra su rodilla y se la ofreció a Joan, pero este se quedó con el fruto seco entre los dedos; no podía apartar la mirada de las cartucheras de los guardias. Constantino sonrió bajo el bigote, se sacó un pitillo del bolsillo de la camisa, lo prendió y dio una calada. Dijo:

—La verdad, Bartolomé, es que queríamos saber si tendríamos algo de pescado para hoy. Pescadito bueno, del tuyo.

Papá levantó la cara y siguió el mismo recorrido de la mirada de María hasta el forastero que esperaba en lo alto del cabo. Murmuró:

—Es un poco tarde y hoy ya no saco el *llaüt*\*. Me queda algo por ahí

detrás, si eso es lo que están buscando.

Ahí detrás era la alacena, al fondo, donde la cueva se ponía más oscura y fresca, y se guardaban los alimentos, las conservas y las dos barricas de vino. El joven echó un vistazo. Va a ser poca cosa, ponderó. Era lo que había sobrado del día. Constantino asintió, tiró el humo fuera. Insistió:

—Hombre, Bartolomé...

—¿Y mañana?

—Se necesita para esta tarde.

—*Ai, carai\**. Mucho necesitar es eso. ¿Es para ustedes o para el caballero de allí?

—Para el caso es lo mismo, ¿se entiende? Pero no venimos de vacío. Más faltaría.

Constantino hablaba del cajón. El otro lo dejó en el suelo y lo abrió: dentro transportaban un puñado de cargas de dinamita. A Constantino se le desprendió un tiznajo de ceniza, le nevó al lado de los explosivos. Papá dijo lo que pensaba:

—Me cago en Cristo.

—Hombre, Bartolomé, tampoco hace falta blasfemar. Con esto, uno se da más prisa, se entiende.

Papá consideró qué era lo que entendía. María sabía que papá manejaba explosivos, como cuando horadaba esas minas de las que luego extraía dolomía para hacer cal. También sabía que a papá no le gustaba emplearlos para la pesca. El motivo: barrían el fondo del mar y acababan sembrando de muerte la orilla. Pero María empezaba a darse cuenta de cómo funcionaba el mundo más allá del refugio: papá no podía negarse, había ciertas condiciones para poder vivir como uno quería o esperaba intentarlo. Lo vio romper una última almendra para Joan. Lo vio levantarse sin prisa, mientras Constantino y el forastero en la distancia seguían fumando. Constantino sonrió, tiró la colilla al suelo y la pisó. Repitió: Hombre, Bartolomé...

\*Ilaüt: un tipo de embarcación pesquera para una o dos personas.

\*ai carai: expresión de contrariedad, sorpresa o indignación, según el caso.

## Capítulo 2

Se llamaba igual que el güelo\*. María lo recordaba: el güelo tenía dos pedazos de cielo en los ojos. Quizá por eso el güelo vio allí, en Es Canaret, lo que ninguna otra persona habría visto: un lugar donde vivir y un modo de enfrentar la vida. No es que viniera de ninguna parte, porque en un lugar de Sant Joan se erguía un hogar familiar. Pero en algún momento de su vida, decidió que, en vez de bajar con frecuencia a la cala, lo que debía de hacer era dejar de subir a casa.

Fue el primero en habitar aquel lugar solitario. Roturó la montaña que se venía hasta el mar, expurgó el bosque y allí escalonó terrazas, labró bancales e hizo la balsa y la cañada para dar de beber al huerto y a la familia el agua de es broll\*. En la cavidad menor del refugio, construyó es trull\* para moler aceituna. En los márgenes de los huertos, fundó las sitjes\* donde las piedras se transformaban en yeso y cal. Más abajo, en un recodo de la playa, unió haces de cañas, troncos y tablas, y con ellos levantó el varadero y la barraca que guarecía su llaüt, y el que sería el llaüt de su hijo y el de sus nietos. Tomó s'Illot, ideó un aprisco cuyas vallas las ponía el mar y ahí, entre pinos escasos y muchas matas de romero, puso a vivir gallinas y conejos... Del güelo se decía que con un susurro era capaz de atraer a su bromeig\* los meros, los dentones y las obladas que frecuentaban aquel trocito de mar.

¿Qué es lo que decide a un hombre a irse a habitar una cueva frente al horizonte abierto? Ninguno de sus nietos, aunque vivieron con él igual que papá, ninguno en la vida lo sabría con certeza o podría explicarlo con palabras. Papá holló los pasos previos gran parte de su tiempo con los pies igual de descalzos, y tampoco dio más razones de ello que el güelo. Sin embargo, los dos dejaron recuerdos e impresiones duraderas en quienes los trataron u oyeron hablar de ellos. Dejaron al menos unas pocas pero buenas certezas: hicieron de la cueva una casa sólida; consiguieron de la cala y los terrenos aledaños cuanto una familia podía necesitar; nunca requirieron nada de los demás. Y para asombro de muchos aquella vida suya no tuvo nada de precario, aunque abundó en treballs de valentía: a los trece años, papá iba camino de convertirse en un mestre d'aixa y construía sus propios llaüts; como el güelo, ya era capaz de atravesar un paso entre dos escollos en la ceguera de la noche y con la mirada en las estrellas y el oído en la resaca del mar. De hecho, papá sabía que la vida tenía lugar en la resaca de las cosas y que lo mismo estaba sembrada de escollos.

\*güelo: abuelo

\*es broll: la fuente

\*es trull: la almazara, molino de aceite

\*sitjes: hornos

\*bromeig: cebo

El ibicenco no derivó los artículos del latín ille, illa, illum, que alumbraron nuestros el, la, lo, sino de ipse, ipsa, ipsum, que derivaron en sa (la), es (el, los), ses (las).

## Capítulo 3

Aquella no era la vida que Xumeu esperaba.

Regresaba de Sant Miquel a tiempo de asistir al espectáculo. Vio de lejos a sus hermanos, aun el caganius inquieto de Joan, ahí en la playa junto a dos guardias civiles. Vio a ése con pintas de cacique forastero que se trajeaba de negro y se plantaba en el cabo sobre sa Regana. Los vio desde el camino más alto de la cala, a la vez que ellos contemplaban como padre se embarcaba a varios tiros de piedra de s'Illot. Se dio cuenta enseguida: iba para detonar una carga bajo la superficie del agua. Un momento antes el mar era un caldo, luego una atalaya blanca de agua se levantó en el aire y la superficie pareció hervir alrededor. Resonó a levante. Joan lloró, María dio un respingo, Toni aplaudió, Cati llamaba a mamá. Padre se quitó la camisa. Xumeu distinguió aquella piel en la que se habían detenido para siempre el sol y la sal, contrastaba sobre la plancha esplendente del mar; lo vio detener el motor y lanzarse del llaüt en medio de la espuma que bullía; lo vio acogotar con ambas manos, con las manos desnudas, peces que si no estaban muertos pronto lo estarían. El llaüt no tardó en llenarse de pescado. La orilla no tardó en llenarse de cadáveres pequeños y relucientes que los niños tuvieron que recoger. El forastero y los dos guardias que lo escoltaban tenían para marcharse satisfechos. Salud, Bartolomé. Dejaron unos cartones de tabaco a cambio. Xumeu evitó a los militares, se acercó cuando ya se hubieron marchado, y se cruzó entonces con padre; este apenas le dedicó una mirada, solo dijo:

—Has tardado en volver.

La vida en Es Canaret parecía sencilla.

La vida en Es Canaret parecía.

Era dura.

Por la noche, padre no se encontraba de buen humor. Padre tenía dos silencios, como una suerte de dos marchas. Uno era el silencio elocuente. El otro, el cortante. Y, junto al fuego y la cena que compartía la familia, este era el segundo.

—Xumeu, Xumeu —decía madre de tanto en tanto. Nadie supo si se refería a su marido o al mayor de los chicos.

—Mañana me bajo a Santa Gertrudis —dijo Xumeu.

Padre dejó el plato en el suelo, lo miró y negó con la cabeza. Dijo:

—Me parece que no.

—Mañana es domingo.

—¿Y qué pasa con el domingo?

—Que hay misa.

Padre rio. Misa, claro.

—Y va na Catalineta, ¿no?

Xumeu sintió el arrebol, sintió vergüenza, sintió enfado.

—Mañana no saldré a pescar, creo que hará malo. Haremos cal —dijo padre.

—*Me cag en Deu\** —opinó Xumeu.

Padre volvió a coger el plato. Pareció divertirse, incluso.

—Así seguro que no irás a misa —dijo.

Y no hubo más que añadir.

Aquella noche, Xumeu no pudo pegar ojo. Padre dejó de ser padre; aquella noche, en su cabeza, como siempre que se enfadaba con él, solo fue el viejo. Es iai. Con frecuencia creciente era así: más es iai y menos el padre. Ley de vida. Ya lo comprendería con el tiempo, pero todavía no. Por ahora, hablar con padre era como intentar entenderse con una piedra. El güelo también fue así al final de su vida. En casa se contaba que el güelo debía de conocer el día de su muerte y que aquella misma mañana, la última de su vida, estaba descascarillando almendras cuando de pronto se levantó de la silla como extraviado y le dijo a su hijo: «Yo ya he acabado; las que quedan, las abrirás tú». Quizás esa fue la mayor cantidad de palabras que alguien le oyó decir en muchos años.

Xumeu parpadeó. María, Toni, Cati y Joan dormían. Es iai. Mamá... Dormían también. Xumeu ocupaba el que fuera el camastro del güelo, precisamente. Cerca de la boca de la cueva, en un rincón a la izquierda, desde ahí se podía ver el cielo nocturno, que se iba nublando por el lado de mistral. Refrescaba. Xumeu había escondido un vaso de vino bajo el lecho; le fue dando tientos a lo largo de la madrugada. En algún momento pensó: Antes de salir el sol, es iai se levanta; esta vez antes que él lo hará el hereu. Y rio: ¿El hereu de qué? El vino era áspero, y sus pensamientos también, se dijo: ¿De cuatro huertos, una cueva y un



varadero y un puñado de camastros duros a repartir con otros cuatro hermanos? Hizo cálculos: Con suerte, todo esto vale una cuarta parte del trabajo que cuesta mantenerlo. Xumeu era el hereu, se llamaba igual que ellos, y todo aquello le pesaba más que otra cosa. Porque ser el hereu aquí era hacer y hacer sin descanso. Y nada más, salvo estar destinado a esta soledad que él no entendía ni deseaba. La vida en la isla ya comenzaba a ser otra, decían que por el mundo aun iba a mejor, pero los viejos de la familia solo esperaban depender de Es Canaret y de nada más.

Mientras el mundo se rehacía solo, Xumeu se fumó a escondidas un cigarrillo de los que habían dejado los visitantes de la mañana.

Dio una calada, y la oscuridad se fue retirando.

Dio otra calada, y los contornos de la costa se fueron dibujando con trazos de luz.

Echó a andar fuera de la cueva.

Había una mata de hierba a unos pasos del umbral, *es iai\** comprobaba todas las mañanas los signos del tiempo para anticiparse al clima, no se fiaba solo de lo que veía en el cielo. El Mediterráneo cambia rápido y los mensajes de aviso que envía hay que cogerlos al vuelo. Uno de esos signos era el rocío. Xumeu se acuclilló: la mata estaba seca, el viejo tenía razón, iba a hacer malo. Pero se irguió, se acabó el vaso de vino, tiró el pitillo, se bajó el pantalón y regó la mata con una meada esplendorosa. Su puta madre va a hacer cal hoy.

\*Me cag en Deu: Me cago en Dios.

\*es iai: el viejo

## Capítulo 4

Bartolomé palpó la hierba. El rocío lo sorprendió. Bartolomé observó el cielo. El viento era ligero. Se ponía gris por mistral. El calor se retiraba y las nubes se hinchaban con lentitud pero con seguridad. Echó un vistazo al mar: parecía calmo. Echó a un vistazo a su hijo mayor: también parecía calmo. Convenía en que el mundo era engañoso. Verdad. Pero, a veces, conviene arriesgarse.

—Me vendría bien algo de ayuda —dijo.

Bartolomé lo notó: Xumeu le había visto las intenciones.

—¿Y la cal?

—El tiempo está cambiante. A lo mejor pescamos algo. Si salimos ahora, puede que estés a tiempo de ir a esa misa tuya.

—¿A tiempo...? No lo creo.

—Pues al rato de después. A festejar\*.

Bartolomé también lo notó: Xumeu quería decir algo. Pero no lo dijo.

\*Festejar: salir a relacionarse

## Capítulo 5

A Cati se lo parecía: con el mal tiempo, Es Canaret se volvía mágica. Con el mal tiempo, entre las rocas aparecían cajones de fruta, no siempre en buen estado, pero a veces sí. También hallaban palets de azúcar, harina o arroz como balsas de náufrago. Siempre había algo que se podía aprovechar. En ocasiones, incluso amanecían varadas cajas de botellas de whisky y ron, aunque raramente llenas. Qué cabrones, decía Toni. Buscaba botellas a las que les quedase algún resto de licor y paladeaba además las palabrotas de protesta. Toni solía indagar con Cati en busca de tesoros. La razón detrás de toda esa magia era que, cuando había mala mar, zozobraban los barcos de carga que circunnavegaban la isla y, a menudo, algunos cargamentos mal asegurados se precipitaban al agua y la corriente se los llevaba y al final la resaca los empujaba hasta tierra.

Toni ya iba conociendo el mar y los vientos, aquel día observaba con preocupación el trastorno veloz con el que el clima iba mudando de cariz. Papá y Xumeu habían salido a pescar, y Toni no sabía por qué si los planes de papá anoche eran otros. No tan a lo lejos el cielo trepidaba igual que el motor de un camión. Y el relente que comenzaba a precipitarse junto al mar se volvía como de un sabor metálico.

Algo tintineó con una calidad idéntica contra las piedras marinas, Cati dio un grito de alegría; había dado con un tesoro: una bombona de gas había varado durante la madrugada allí, y el vaivén del mar la repicaba como una campana entre las rocas. Sí, también eso alcanzaba la costa de vez en cuando. Cati y Toni tenían alguna experiencia que otra. Claro, habían aprendido de Xumeu, que se las sabía todas. Si se aflojaba la válvula, con un soplete se podía convertir la bombona en un lanzallamas. Pero tenían otras ocurrencias. La última era la de brolar es corn. Casi tan divertida como aquella vez que, con la ayuda de Xumeu, ataron la escopeta vieja den Reiet a un almendro muerto, y le pusieron un cordel al gatillo para tirar de él a una distancia prudencial; habían embutido en el cañón uno de los cartuchos de minería de papá. Muchos años más tarde, sonreirían al recordar juntos, al darse cuenta de que los cinco hermanos seguían siendo cinco todavía, a pesar de todo.

—Toni, corre, trae el *corn*\* de papá —dijo Cati sonriendo.

\*corn: cuerno de mar/caracola

## Capítulo 6

Bartolomé miró las cabezas de aquellas nubes. Las oyó bramar como demonios. Las pronosticó descendiendo encima de ellos en cosa de poco tiempo. Todavía tuvo reflejos para encarar la proa a tierra y emprender el camino de vuelta, el motor al máximo. Esas nubes des diable, Bartolomé se las tomó en serio. Las vio progresar mientras desandaba el recorrido, las vio no dejar rastro de la luz del día. Ni de la costa. Es Canaret, es Caló des Porcs, Xarracó, se los tragaron. Era por vientos como aquel que la sabina, el pino o el olivo nacían inclinados al lado del mar, como si los árboles los anticiparan por el resto de sus vidas ya desde la semilla.

Todo ocurrió en cuestión de minutos, como solo ocurría en el Mediterráneo. Bartolomé consideró sus propios errores mientras la galerna erizaba la piel del mar. Sujetó el timón y mantuvo el rumbo. Esa misma piel se convirtió en tumulto y las olas golpearon a mayor altura el llaüt y lo levantaron y, a pesar del equilibrio con el que había sido armado, lo hicieron zozobrar. Bartolomé perdió las nociones, la tierra se le extravió. El llaüt giraba. Bartolomé blasfemó, aunque tal vez no fuera el mejor momento. Una mano de Xumeu se agarraba al cabo que recorría la tapa de regala. La otra a su brazo. Miró a su hijo: se ponía lívido, se ponía amarillo, y no era para menos. Solo era un muchacho. Orgulloso y un poco gallo, pero solo un muchacho. Calma, le dijo por encima de la tormenta. Nada más. Pero le estrujó la mano. Aunque tenía la impresión de que aquel infierno súbito podía hacerlos astillas y enviarlos a pique en uno o dos segundos. Entonces vio que un relámpago gran com un deu partía el horizonte en dos y tronchaba el futuro...

... y a él lo arrojaba por la borda del pasado. Bartolomé había observado a la muerte de cerca. La llamaron la ofensiva del Ebro. Los relámpagos fueron los de la aviación. El viento, esa carrera loca hacia el frente que iba despejando de hombres vivos el campo. Los escupitajos del cielo las balas que lloviznaban de la dirección contraria a la que lleva a casa. El llaüt fue un puente, aquel mismo puente al que sobrevivió, y la ola que se erguía y luego se desplomaba debajo, la voladura que lo tiraba junto a la esperanza, el miedo y la vida al suelo. Bartolomé T. T., único superviviente de su batallón, solo porque una bala no tan extraviada le atravesó un lado de la espalda antes de que pudiera seguir al resto de sus compañeros en el ataque. Esa bala lo hizo sobrevivir a la catástrofe y también al juicio militar, porque encubrió lo que de otra manera habría sido una desertión. A su regreso a casa, tenía heridas que no curaban en un hospital, pero comprendió que en el refugio de Es Canaret quizá hallaría algún paliativo.

Comprendió entonces la soledad de su padre.

Lenta, lentamente también comenzó a comprender ahora la de su hijo mayor. Lo vio con claridad allí mismo, bajo la tempestad.

Lo de Xumeu era otra suerte de deserción.

Y no podía ignorarla. Como tampoco podía juzgarla.

## Capítulo 7

Toni encontró el corn de papá junto a los aparejos que no se había llevado de pesca. Joan dormía junto a la barrica del vino. Mamá ni se dio cuenta de que acababa de entrar a la carrera, miraba el horizonte mientras María trataba de acabar el almuerzo.

—¿Y papá? ¿Y Xumeu? —preguntó.

—Ni idea —respondió Toni.

Cati esperaba encaramada a las rocas, al lado de la bombona de gas, y el mar iba rompiendo cada vez más arriba. Quedaba poco tiempo, menos de lo que ellos esperaban.

—Trae, trae —decía Cati.

Toni abrió la válvula de la bombona a tope y Cati le encajó el corn.

Qué risa.

Hicieron brolar el corn que daba miedo. El sonido agudo se multiplicó contra las paredes de piedra caliza del acantilado y se oyó por encima del viento y los truenos.

## Capítulo 8

Xumeu se agarró como pudo. Quiso saber:

—¿Vamos a morir aquí?

—Todavía no ha sido el día de nuestro santo —sonrió padre.

—Lo del meado. ¡Ha sido cosa mía!

Padre luchaba por gobernar el Ilaüt en la que creía que era la dirección correcta. Le costó entender lo que vociferaba su hijo.

—¿Te lo has hecho encima? —preguntó. Como si importara.

—No, la hierba. El rocío. ¡Esta mañana!

Los dos Bartolomés se quedaron en silencio mientras las cosas malas se defendían alrededor de ellos. Entonces oyeron con claridad la brulada del corn. Una, dos, tres veces. Penetrando la tormenta como un cuchillo. Padre volvió la cabeza.

—¿Has oído eso?

Xumeu asintió. Padre agarró el timón con ambas manos y corrigió el rumbo.

—Ya sé donde está la costa.

## Capítulo 9

Las tres *brodades*\* rodaron lejos. Junto con el mal tiempo, hicieron pensar a los vecinos de Xarracó que el bueno de Bartolomé tenía algún problema. Acudieron a tiempo de arrojarle cabos para ayudarlo a desembarcar en tierra.

La última brolada hizo levantar a Rita. Se sintió despertar. Los días transcurrían y, a veces, al mirar atrás no estaba segura de qué cosas y cuántas habían ocupado su tiempo. Con frecuencia también perdía objetos y no los encontraba. De la misma manera, extraviaba los momentos.

Pero en aquel instante, vio a su marido y a su hijo mayor de vuelta, las ropas empapadas y el cansancio en las caras; le pareció que Xumeu, el pequeño, se había hecho muy mayor de pronto, como si lo viera por primera vez en mucho. No supo muy bien por qué.

Ayudó a Bartolomé a cambiarse de ropa. Enjugó a Xumeu, también le dio ropa nueva. Lo abrazó, mientras se sentaban todos cerca del fuego con el que María había estado cocinando. Al contemplar de lejos el mar, que andaba bastante encrespado, Rita se hizo ideas de lo que había sucedido. Apenas era consciente de su enfermedad. Pero aún había suficientes ratos y días lúcidos. Y recuerdos que se quedaban, aunque llegarían a ser cada vez más difíciles de recuperar para los demás.

Con los años, esos ratos fueron solo días. Y los días se fueron espaciando.

En contra de lo que siempre Bartolomé y ella habían pensado, Xumeu maduró y se tranquilizó y fue Toni el primero en marcharse de Es Canaret. Rita se dio cuenta en un abrir y cerrar de ojos: un hijo se le iba de casa y apenas tenía quince años, recién había acabado la escuela. Después de mucho reñir con su padre, Toni terminaba por mudarse a Vila a trabajar. Tardarían un año en reconciliarse. Xumeu continuó entre la casa familiar de Sant Joan y las largas temporadas en Es Canaret. Trabajó duro y se hizo un hombre callado y fuerte, como su padre. Como el güelo. Algo sucedió cuando la tormenta los alcanzó en el mar. Los dos volvieron cambiados.

Uno de los últimos días de lucidez, Rita se dio cuenta de que la mayor parte de la vida transcurría en el porxo de la antigua casa familiar y que hacía tiempo que no visitaba Es Canaret para hacer compañía a su marido. Todavía recordaba a Bartolomé, le decía Xumeu, a veces lo llamaba sin saber si habría respuesta. Todavía recordaba la cueva. Ya no sabía quiénes eran las demás personas que la visitaban o la cuidaban, y que la llamaban mamá o güela. Ella no sabía qué decirles, no encontraba las palabras, pero les sonreía y confiaba en que eso bastara.



\*brolada/brolades: sonido del cuerno

\*brolar: hacer sonar el cuerno

## Capítulo 10

Por San Bartolomé se reunió toda la familia en la vieja casa de Sant Joan. Sería el último San Bartolomé que se celebraría con alegría en muchos años. Inevitablemente, se habló en la sobremesa sobre Es Canaret; las anécdotas no fallaban en un día tan importante para la familia, era materia de historias para los nietos, fue un pedazo de cielo. Todavía se podía caminar hasta la cueva, aunque ya no era fácil. La tierra había cambiado de manos para que los cinco, Xumeu, María, Toni, Cati y Joan, pudieran tener un futuro, otra vida, algo que entregar a sus propios hijos. La mirada atónita del visitante todavía se podía posar en las sillas de enea, el óxido de los camastros, los espacios de la alacena y las muelas del molino. La escalera se había desmoronado ya. Bartolomé había perdido coraje. Solo el tiempo y mala circulación pudieron minárselo. La más pequeña de sus nietas lo encontró aquella tarde de su santo, con aire cansado, descascarillando algunas almendras en el porche. Él le sonrió, le dio la última y le dijo:

—Y con esta ya he acabado.

En Santa Eulalia del Río,  
a 28 de abril de 2018.

## Capítulo 11

El relato ganador del 2º premio del V Certamen de Narrativa Breve Fundación Julián Vilás está disponible ya en formato audiolibro, publicado por Ibiza Editions:

<https://www.ibizaeditions.com/producto/leoigo-libro-vida-sin-fin/>